

Rob Reger *y* Jessica Gruner

Emily[®] the Strange

Los días perdidos

Ilustraciones de

Rob Reger *y* Buzz Parker

Traducción de

Alexandre Casal Vázquez

sm

VALE.

Creo que lo mejor es que tome notas, porque me está pasando algo súper raro y no sé:

1. cómo me llamo,
2. cómo se llama todo el mundo,
3. dónde estoy,
4. cómo he llegado hasta aquí,
5. dónde vivo,
6. cuántos años tengo (¿soy una niña o solo soy bajita?),
7. qué he hecho desde que nací,
8. si soy una persona-gato o una persona-perro,
9. si de verdad creo que las personas son personas-gato o personas-perro,
10. qué habré escrito en las once páginas que le faltan a la libreta,
11. por qué me tiene que ocurrir esto a mí,
12. cuánto va a durar y
13. qué hago ahora.

Sí SÉ que:

1. soy un ser humano,
2. soy una niña o bajita,
3. llevo un vestido negro,
4. llevo medias negras,
5. tengo el pelo negro y largo,
6. parece que me gusta el color negro,
7. he pisado un chicle hace poco,
8. como tengo la piel muy blanca,
las magulladuras del brazo destacan mucho,
9. poseo una libreta, un bolígrafo, un tirachinas y punto,
10. soy zurda,
11. hablo en tu idioma,
12. la Tierra es redonda y se mueve
alrededor del Sol,
13. parece que me gusta el número trece.



Más tarde

Estoy en un lugar llamado Blackrock, por lo que veo en el periódico. No sé si un pueblo tan pequeño como este necesita tener periódico propio. No recuerdo otros pueblos con los que compararlo. Lo que he visto hasta ahora se reduce a: dos calles, unos quince edificios y una planicie reseca. Casi todo –tanto lo natural como lo artificial– es de color beige. Hay una estación de autobuses. Un par de tiendas. Un minúsculo trozo de hierba que hace de parque.

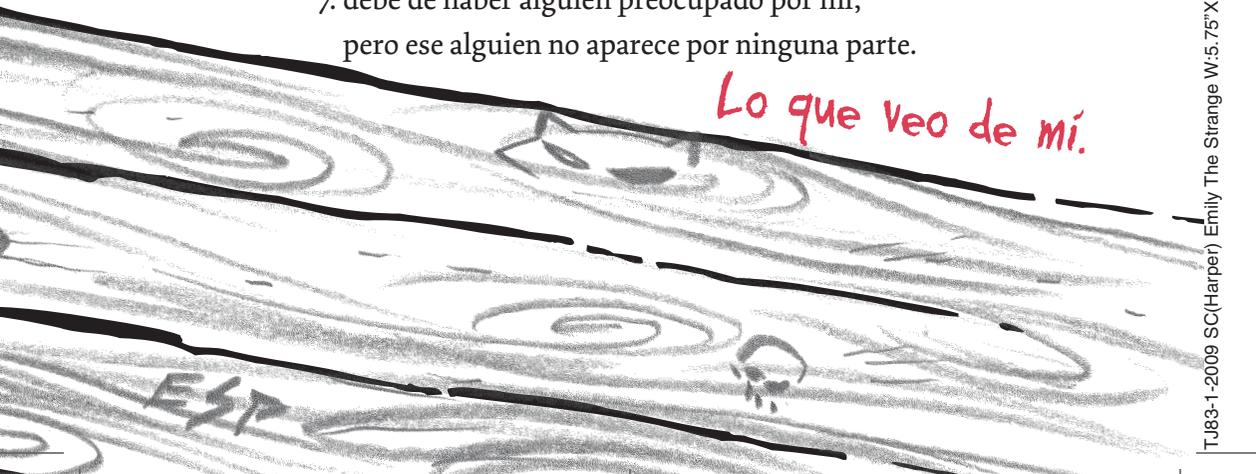
Todo es calma y paz por aquí, pero, por alguna razón, tiendo a pensar que lo que me rodea está lleno de peligros y amenazas.

No sé si eso dice más de MÍ que de Blackrock. Buah.

Más cosas que sé:

1. no veo nada conocido,
2. la gente de Blackrock no parece conocerme,
3. algunos de ellos opinan que merece la pena observarme,
4. a los perros callejeros no siempre les gustan las caricias,
5. no soy una persona-perro,
6. nunca hay un Centro de Recuperación para Amnésicos cuando lo necesitas,
7. debe de haber alguien preocupado por mí,
pero ese alguien no aparece por ninguna parte.

Lo que veo de mí.



8. probablemente, esta noche duerma en la calle,
9. tengo hambre,
10. la comida cuesta dinero,
11. no tengo dinero,
12. la amnesia da asco... un asco grande y oscuro,
13. en Blackrock, los transeúntes te dan dinero si te ven haciendo el tonto con un tirachinas.



Más tarde

He comido. Así es como fue: cuando la policía me dijo que me quitara de en medio, me metí en un bar llamado El Dungeon. Pero debería llamarse El Chungo o El Tugurio. Le pregunté a la tía que estaba detrás de la barra si era posible que tuviese algo de comer. Me invitó a barrer el suelo. ¡Buf! ¡Qué bien me habría venido una pala!

A pesar de mi amnesia, creo poder afirmar que este es el edificio más espantoso en el que he estado. El interior: pintura desconchada en algunas paredes, bochornosos paneles de madera en otras, mobiliario viejo y hecho polvo y unas ventanas que traquetean cada vez que pasa un coche. Hay una escalera desvencijada que, por lo visto, sube hacia el Sucio Reino de las Telarañas. La música, por su lado, no es que contribuya mucho a animar el ambiente; se trata de una especie de crepitación sibilante procedente de una radio que suena como un pueblo fantasma de hace cien años, todo ello en sintonía con los estertores de la máquina de café.

Aun así... me encuentro bien aquí. Es interesante.

El exterior: la característica menos agraciada de El Dungeon es la gruesa y omnipresente capa de pintura color beige. La segunda característica menos agraciada vendría a ser... la de las SILUETAS... del tejado. No sé qué son. Enormes esculturas color beige hechas con chicle seco o algo así. Aparte de eso, resulta difícil describir el ASPECTO del edificio, ya que la pintura es tan gruesa que oculta cualquier detalle arquitectónico.

Mientras llevaba al cubo de basura de la parte de atrás algo así como el trigésimo tercer recogedor, decidí que, a no ser (o hasta) que no me repusiera de la amnesia por medio de un reparador golpe en la cabeza, establecería mi base de operaciones en el callejón que hay tras El Dungeon. ¡Un paraíso de mala muerte! ¡Múltiples, fascinantes y rebosantes cubos de basura! ¡Materiales de construcción suficientes para levantar un hermoso chamizo! ¡Amigos del reino animal! He hecho buenas migas con los gatos locales atrayéndolos con sabrosos bocados obtenidos en la basura. Espero que esta noche me devuelvan el favor, sobre todo si hace fresco. Nada como un abrigo de piel de diecisiete gatos cuando hace fresco.

Ahora estoy en una de las mesas del bar, comiendo un bocata y radiografiando a los clientes. A los siete. Exceptuando el que no se hayan movido de aquí desde que he llegado, parecen bastante normalitos. Ojalá pueda aguantar aquí un rato más.

Más tarde

He hablado con TíadelaBarra, que se llama Cuervo.

TÍADELABARRA: EH, NIÑA...

YO: [Vaya. Se refiere a mí. Supongo que SOY una niña además de bajita...] ¿Sí?

TB: Eeh... ¿Otro bocata?

YO: Vale, gracias. [Largo silencio que dedico a comer.]

TB: Ya, bueno.

Yo: Sí.

TB: Me llamo Cuervo, ¿y tú?

Yo: Tijereta. [No sé por qué lo dije. Podría ser por las tijeretas que tuve que barrer antes. O tal vez por los tijeretazos que Cuervo lleva a modo de corte de pelo, o de peluca, más bien. Aunque estoy segura de que me llamo de otra manera.]

C: Eeh... ¿eh?

Yo: Sí.

Después de un rato de conversación no demasiado brillante, advertí que Cuervo estaba preparándose para hacerme una pregunta importante o algo:

C: Oye, Tijereta.

Yo: Dime.

C: Eeh... ¿tú vives por aquí? [Había estado temiéndome esa pregunta. Por suerte, el tiempo que estuve limpiando me sirvió para dar con la respuesta perfecta.]

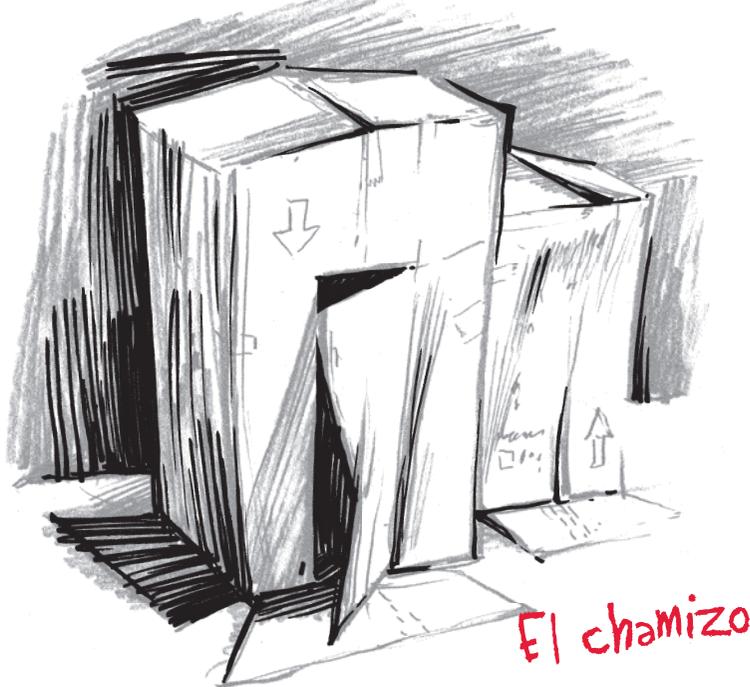


Yo: Bah, no.

C: Eehh... guay.

Cuervo se sintió violenta de repente, fue a la máquina de café y empezó a hacer café tras café a pesar de que nadie hubiese pedido nada. La estampa resultaba más bien deprimente, sobre todo porque la máquina vibraba y gemía de mala manera. Para arreglarla, bastaba parchear por allí y soldar por allá, así que salí al callejón, encontré lo que necesitaba en la basura y regresé dispuesta a encargarme del asunto.

Cosas nuevas que sé: si tienes una horquilla y un poco de chicle, puedes hacer maravillas con una máquina de café pachucha. La clientela de El Dungeon me considera un prodigio de la mecánica. A veces, es mejor tirar nueve cafés que bebértelos. La caja de cartón de una nevera es un chamizo excelente.



Ah, aquí están mis moratones.

Al día siguiente

Otra vez la amnesia. Empieza a aburrir.

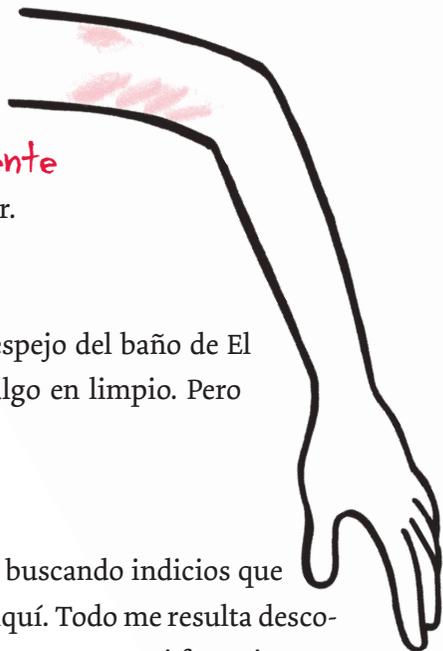
Más tarde

He estado un rato mirándome en el espejo del baño de El Dungeon con la esperanza de sacar algo en limpio. Pero nada.

Más tarde

He vagado por las calles de Blackrock buscando indicios que me permitan entender por qué estoy aquí. Todo me resulta desconocido. No hay carteles de CHICA PERDIDA con mi foto ni gente buscándome. Solo miradas desagradables. Lo cual me hace sospechar que debí de ocasionar alguna tragedia en este pueblo antes de perder la memoria.

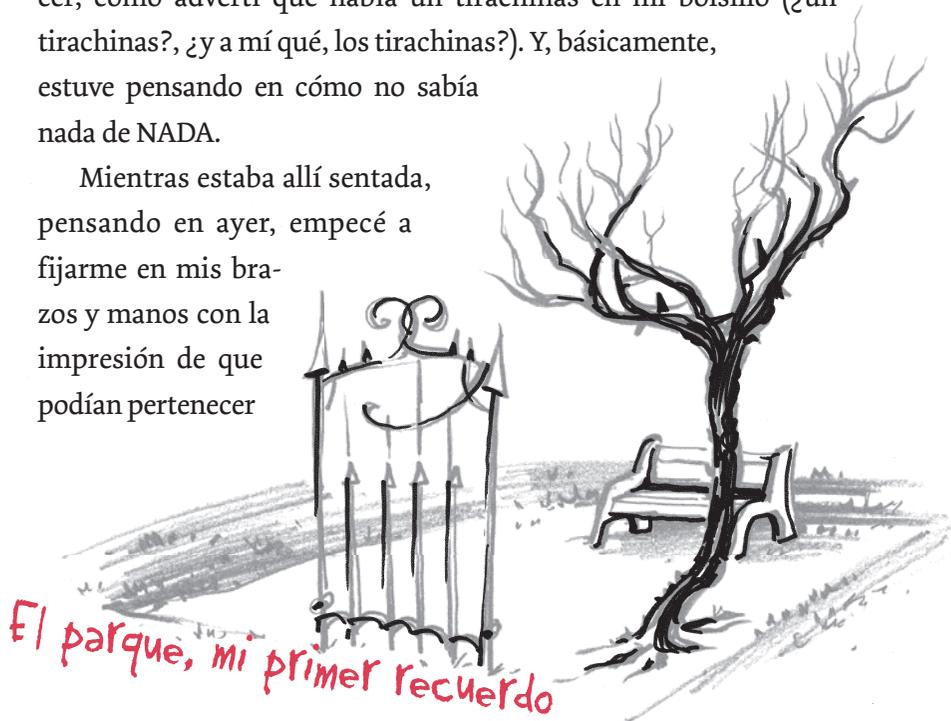
He ido al primer lugar del que tengo recuerdo. Ayer me descubrí sentada en el banco de un parque; ya sabes, uno de esos ridículos bancos con una plaquita que conmemora a alguien que una vez hizo algo y ahora está muerto, en un parque inútil y microscópico de los que hay en los pueblos con el propósito de rodear de hierba y árboles un banco conmemorativo y fingir que es un parque de verdad para que la parentela de la importantísima persona muerta no se ofenda demasiado.



En concreto, este está a una manzana de El Dungeon y cuenta con una puerta de hierro forjado completamente absurda (ya que no hay una cerca), una ínfima franja de hierba y un árbol. El banco está dedicado a la memoria de Emma LeStrande, Fundadora de Blackrock y Propietaria del Primer Hotel con Bar. ¡Sí que es pequeño, el pueblo!

Pero, bueno, el caso es que he ido allí y me he sentado en el banco a reflexionar sobre lo ocurrido. He estado recordando cómo desperté de esa especie de ensueño confuso y me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba ni de QUIÉN era; cómo descubrí que sostenía con las manos una libreta en cuyas páginas no encuentro ni una pista o un nombre; cómo concluí que debía apuntarlo todo por si acaso hay pistas que aún no soy capaz de reconocer; cómo advertí que había un tirachinas en mi bolsillo (¿un tirachinas?, ¿y a mí qué, los tirachinas?). Y, básicamente, estuve pensando en cómo no sabía nada de NADA.

Mientras estaba allí sentada, pensando en ayer, empecé a fijarme en mis brazos y manos con la impresión de que podían pertenecer



a cualquier otra persona. Los moratones. Los pelillos. Detalles que debía de conocer a la perfección el día anterior, pero que ahora me resultan perfectamente extraños.

Así que allí estaba yo sentada deprimiéndome, aterrorizándome, compadeciéndome de mí misma y, de repente, me animé pensando que, a lo mejor, mi vida había sido espantosa y merecía caer en el olvido.

En fin. He hecho unas cuantas pesquisas por el miniparque. Los únicos objetos con algo de interés estaban bajo el banco: el envoltorio de un caramelo, un par de tapones de botella, algo de chicle de segunda mano, un montón de cantos rodados perfectos para el tirachinas, siete colillas, una lata de refresco, veintisiete céntimos y el periódico de ayer. Lo cual me ha llevado a concluir que la gente de este pueblo debería molestarse en limpiar ~~sus parques~~ su parque. Cochinos.

Me metí en el bolsillo la calderilla (vale, también algunas piedras y el periódico) y volví a El Dungeon para comer.

Más tarde

Sigo en El Chungo. ¿A qué otro sitio podría ir? Por lo menos, aquí no hay miraditas.

He barrido el suelo, he vaciado de propaganda el buzón, he comido bocatas, he arreglado la caja registradora, he escuchado a escondidas conversaciones no demasiado brillantes, y he impedido que seis arañas muriesen aplastadas y las he instalado en las esqui-

nas de mi chamizo. Les he dicho a los gatos locales que no se las coman. He encontrado una cámara Polaroid estropeada en la basura. Parece nueva y aún tiene carrete. No he tardado mucho en arreglarla.

Estoy bastante segura de que la mayoría de la gente de mi edad no sería capaz de hacerlo. Supongo que ahora sé ALGO interesante acerca de mí misma.

He estado un rato en el bar gastando carrete y poniendo a los clientes de los nervios. Los transeúntes que entraban a pedir cafés para llevar atosigaban a Cuervo con preguntas sobre el paradero de Rachel. Ella contestaba con respuestas del estilo de «se ha ido», «ya no está» o «no sé». Imagino que la tal Rachel trabajaba aquí. Y, por lo visto, Cuervo es nueva, ya que todo el mundo le pregunta cómo se llama. Jo, el dueño debía de estar bastante desesperado, porque Cuervo prepara unos cafés estupendos, pero es que apenas habla.

Una de esas personas preocupadas por Rachel preguntó quién era yo, y Cuervo le contestó que era su ayudante. La tía se puso como loca: «¿Cuántos años tienes, trece? ¿Por qué no estás en el colegio?».

«Oye, estoy EN el colegio», le contesté, y Cuervo, colorada, fue a calentar una jarra de leche que nadie había pedido. Oye, por lo menos ahora sé qué edad tengo, más o menos.

Más tarde

He leído el periódico de Blackrock (cada una de sus dieciséis páginas). Lo cual me ha permitido comprender que un pueblo tan pequeño como este NO NECESITA periódico.

También me ha servido para enterarme de que, a pesar de lo pequeño que es, este pueblo tiene un museo. El Viejo Museo, se llama. Iré a visitarlo si llego a aburrirme lo suficiente.

Más tarde

Una velada de lo más excitante en El Dungeon gracias a ese figura llamado Ümlaut. La pobre Cuervo no daba abasto con él. Al principio, creí que se gustaban, pero en realidad resulta que son enemigos acérrimos. Sin embargo, no creo que Ümlaut lo sepa.

Hizo su aparición a medianoche. Era, con mucho, el cliente mejor vestido de El Dungeon. Toneladas de potingues en el pelo. Accesorios y detalles que hablaban de horas dedicadas a acicalarse. Y lo mismo sus once amigos, que entraron tras él. Montaban mucho barullo y no se les entendía nada de lo que hablaban.

- Cuervo, cárgame un Rocafull.
- No seas mocordo, que te pasas.
- Pero, ¿tú has visto que bris?

Decían cosas así. Después de darle la tabarra a Cuervo durante un rato, se sentaron a la mesa más grande y se hicieron los reyes del bar con no sé qué juego de cartas. Luego, algunos de ellos montaron una especie de concurso de baile que, en su mayor parte, tuvo lugar encima de la mesa. Y después, algunos de ellos acabaron más bien debajo de la mesa, estampando sus elegantes botas contra el mobiliario y armando un jaleo que para qué te cuento. Con expresión tristonza, Cuervo hizo como que no los veía.

Pasa la página para echarle un vistazo a El Dungeon.



Menu

el D U N

\$3.25
ampoco.

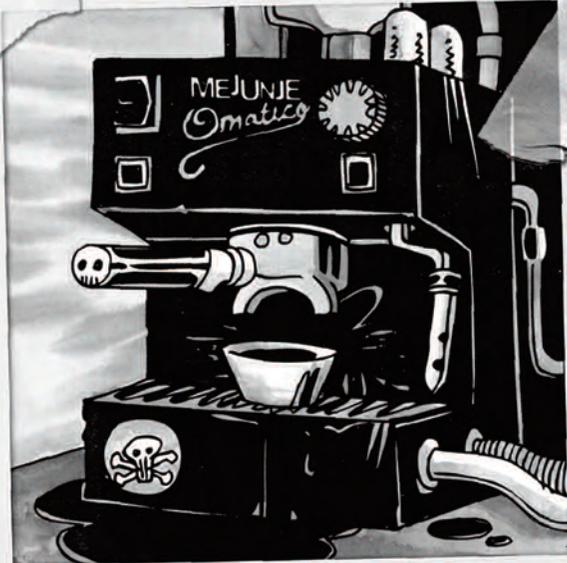
\$3.75
fusión!

\$4.75
leche.

E

Ca

Ma





imón. \$4.75

leche caliente. \$3.25

ción extra. \$4.00

expreso. \$4.95

Acompañado co

El Reuben

Pan tostado y

Chuchrut

Monte Cri

Jamón, pav

Tómatelo

Sopa Ve

Delicioso



5.95

TJ83-1-2009 SC(Harper) Emily The Strange W:5.75"XH:7.625" 150L 115 SC M/A Magenta (S)

Unos cafés más tarde, comenzaron a lanzarse sillas, romper ventanas, hacerse daño los unos a los otros y soltarle pasta tanto a la policía como a Cuervo. Después, volvieron a sentarse para echar otra partida.

Yo los espiaba desde detrás de la barra, a través de un agujero que practiqué en la madera con una broca que me encontré ayer, triste y sola, en el callejón. Con ella hice una mirilla de primera. Allí estaba yo, agachada junto a las rodillas de Cuervo. Invertí cierto tiempo en tirarles granos de café a Ümlaut y compañía a través del agujero.

(Recordatorio: los granos de café son una excelente munición de pequeño calibre). Resulta que soy bastante buena con el tirachinas, pero como disparar a obsesos de la moda en las orejas y los gemelos de la camisa pronto se vuelve aburrido, empecé a hablar con Cuervo.

YO: Eh, Cuervo.

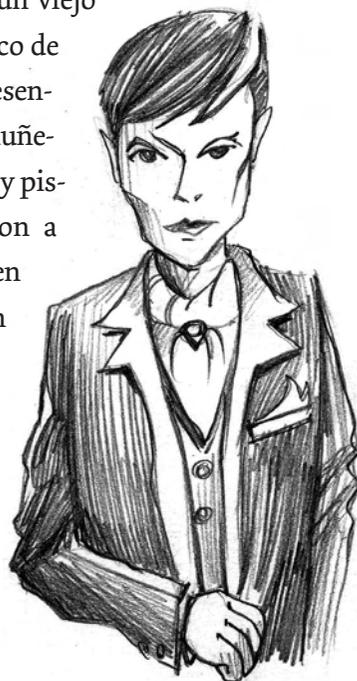
CUERVO: [Susurrando sin mover los labios como si no quisiera que los Ümlauts advirtiesen que estaba hablando con alguien escondido tras la barra] Eehh...

Mi nueva mirilla

Yo: ¿Por qué no echas de aquí a esa gente?

C: Eeh... es que son... ¿sabes?

¡Buf! Esta Cuervo. Como me llevaría siglos reproducir nuestra conversación, digamos que, al cabo del rato, logré que me dijera (fundamentalmente a base de un laborioso tira y afloja y de cotejarlo con otros clientes) que Ümlaut dirige una especie de feria ambulante de medicamentos que se llama Profilaxis y Teatro de Variedades del Profesor Ümlaut, y que Attikol, un viejo amigo suyo –y que supongo que es el único de este grupete que no ha hecho acto de presencia–, se encarga de La Mortífera Casa de Muñecas de Attikol, el espectáculo de muñecas y pistolas que acompaña a la feria. Llegaron a Blackrock hace dos días, como cada año en la última década. Ahora mismo están acampados en la polvorienta llanura que rodea el pueblo, haciendo sus morbosos numeritos y vendiendo pócimas de efectos sospechosos. Además, son ricos. Pues genial. Mañana me dejaré caer por allí.



ÜMLAUT

